

CARLOS REYES AVILÉS

CARTONES ZAPATISTAS



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

CARLOS REYES AVILÉS

CARTONES ZAPATISTAS



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

CARLOS REYES AVILÉS

CARTONES ZAPATISTAS

MÉXICO 2019

Con el fin de mejorar la calidad de las fotos en la presente edición, las imágenes de baja resolución de la publicación original fueron sustituidas por otras del mismo tema y/o personajes. En los casos en que nos fue imposible reponer algún documento o foto decidimos su eliminación, señalándolo en la nota correspondiente.

Portada: Emiliano Zapata y su Estado Mayor, *ca.* 1911.
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Fotografías contenidas en este volumen: ARCHIVO CASASOLA.INAH.SINAFO/
BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS/ACERVO INEHRM/INAH.SINAFO.FN.

Ediciones impresas:

Primera edición, *s/i*, 1937.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición INEHRM, 2019.

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-086-1

HECHO EN MÉXICO.

Índice

Pablo Torres Burgos	9
Emiliano Zapata.....	15
Felipe Neri.....	25
Ignacio Maya.....	29
Amador Salazar	35
El albur de la muerte	41
Marciano Silva, el cantor de Cuautla	47
Cómo fue proclamado el Plan de Ayala	57
Cómo fue muerto Emiliano Zapata. Algo de su vida y de su obra	65
Emiliano Zapata fue obregonista	85
El noveno aniversario de la muerte del general Zapata (Crónica de <i>El Nacionalista</i>)	97

Año tras año, después de aquel en que la infame tragedia de Chinameca arrebatara la vida al Caudillo, un grupo de revolucionarios que tuvimos el honor de militar subordinados a Emiliano Zapata nos unimos en este día a los campesinos surianos, con quienes nos ligan viejos lazos de confraternidad y adhesión, que estrecharon las vicisitudes de la lucha para rendir justo homenaje a la memoria del jefe.

Hacer extensivo ese homenaje que merecidamente va con el tiempo tomando caracteres de homenaje nacional a los principales hombres del zapatismo, es el objeto único de la publicación de estas páginas, realizadas en gran parte gracias a la espontánea y sincera ayuda que nos ha brindado el diputado y teniente coronel don Ricardo Topete, alto exponente de la juventud revolucionaria y del obregonismo prometedor del gobierno de equidad y de justicia que soñara Zapata para su pueblo.

10 de abril de 1928.



Pablo Torres Burgos



Acababa de pasar la mascarada con que la dictadura había celebrado sarcásticamente el centenario de la iniciación de nuestra Independencia.

En los suntuosos salones de la burguesía del despojo, de la aristocracia del caciquismo, repercutían todavía los ecos de los saraos deslumbradores que, como aquellos celebrados en mansiones oficiales, recordaban a los “científicos” las fiestas palaciegas de los virreyes castellanos y del donoso emperador fusilado por la plebe en Querétaro, de las que les habían hablado sus abuelos; los pregoneros entonaban todavía los cánticos en loor del “héroe de la paz” y continuaban flexionando la espina dorsal ante el viejo caudillo, cuando Serdán, “aquel paladín de loca audacia, digno del nombre de Aquiles, iluminado por la fe de los verdaderos mártires”, iniciaba en Puebla, el 18 de noviembre, con el sacrificio de su vida, la epopeya grandiosa de la Revolución Mexicana de 1910.

No fue estéril la sangre derramada en la casona de Santa Clara, ni en vano el heroico ejemplo de los primeros mártires: por todas partes repercutió el grito libertario, conmoviendo en sus cimientos el vetusto edificio de la dictadura.

Pablo Torres Burgos fue de los primeros que en Morelos se presentaron a la lucha; entró en relaciones con los líderes del movimiento en la capital, recabó instrucciones, intensificó la propaganda en su estado y de acuerdo con Emiliano Zapata, con Gabriel Tepepa, Rafael Merino y otros más, preparó el movimiento armado que se inició el 10 de marzo, al

terminar la feria que, año tras año por la cuaresma, se celebraba en la histórica Cuautla.

Aquel grupo de valientes se vio pronto aumentado por los adeptos que ganaba esparciendo por doquiera la fe en el triunfo de su causa y los ideales cuya realización perseguía ya con tanto entusiasmo.

El 24 de marzo de aquel año (1911), la flamante columna de *pronunciados* se apoderó de Tlaquiltenango y de Jojutla, importantes plazas morelenses, en las que se hizo de elementos indispensables para la campaña y las que evacuó en seguida, dirigiéndose hacia los límites de Morelos y Puebla.

Diferencias surgidas al ocupar las plazas mencionadas, entre Torres Burgos, jefe del movimiento por nombramiento que le expidiera la junta revolucionaria maderista, y Gabriel Tepepa, quien encabezaba una de las guerrillas que integraban el núcleo, hicieron que aquél marchara acompañado de sus dos hijos, por rumbo distinto al que seguían los hombres de Zapata y Tepepa.

Padre e hijos descansaban entre los vericuetos del camino que va de Tlaltizapán a Moyotepec, cuando fueron sorprendidos por un piquete de tropas federales, a cuyo frente iba el capitán Gálvez y allí fue muerto Pablo Torres Burgos.

Honrado a carta cabal, revolucionario sano y de altos ideales identificado con las aspiraciones de los campesinos, cuyos sufrimientos conocía de cerca, pleno de entusiasmo y de confianza en el éxito del magno esfuerzo que significaba la rebelión contra la dictadura de Díaz, fue Torres Burgos uno de los primeros sacrificados en aras de la Revolución que, justiciera, guardará su nombre para cuando sea llegada la hora de las compensaciones históricas.





El general Zapata conferenciando con el señor Madero, en Cuernavaca, Morelos, en 1911.

Emiliano Zapata



En el corazón del estado de Morelos, al pie de la serranía que limita el valle de Cuautla y, a 10 kilómetros, aproximadamente, de esta población, Villa de Ayala disfruta de los privilegios de la naturaleza exuberante de Tierra Caliente.

La mayoría de sus habitantes fueron en un lejano tiempo agricultores, pequeños propietarios a quienes la codicia de los grandes terratenientes hizo descender a la categoría de peones, de asalariados de las haciendas.

Junto a Villa de Ayala mantiene la miseria de sus casas Anenecuilco, restos de un pueblo agrícola y minero, al que también devastó la avaricia de los poderosos.

“La felicidad de Morelos descansa en el número y en la rudeza de sus gañanes” —decían los hacendados—, y como iban éstos aumentando la extensión de sus tierras, arrebatando los ejidos a los pueblos, necesitaban aumentar en proporción el número de peones y para lograr ambas cosas no paraban mientes en que rancherías y pueblos enteros desaparecerían del mapa: de esta manera sus habitantes tendrían que ir a buscar en el exiguo jornal el sustento de sus familias, mientras los patrones acrecentaban los rendimientos de sus fincas, que sus hijos derrocharían en los centros de vicio y de placer de la Europa corrompida.

De este modo desaparecieron Acatlipa, Tequisquitengo, San José Vista Hermosa y otros pueblos más.

Así estuvo a punto de perderse Anenecuilco y por esos procedimientos vio Villa de Ayala que sus mejores tierras de cultivo pasaban a ser propiedad de Chinameca y Hospital.

Unidos topográficamente, los dos pueblos lo estuvieron siempre para defenderse en todas épocas y juntos prestaron su contingente en las luchas pretéritas: de la Villa fue Francisco Ayala, quien derramó su sangre por la Independencia peleando a las órdenes del gran Morelos, en el famoso sitio de Cuautla; de Anenecuilco fue Cristino Zapata, un digno ancestro del caudillo agrarista, quien junto con Rafael Sánchez, también de Ayala, luchó en las guerras de la Reforma y el Imperio, y de la misma histórica población morelense fue Modesto Reyes, un valiente revolucionario tuxtepecano.

¿Por qué en la Revolución de 1910, en esa formidable lucha de los desheredados, de los hambrientos, de los miserables esclavos de las haciendas, de los desnudos del cuerpo y del alma no habían de surgir de Villa de Ayala y de Anenecuilco los guerrilleros denodados que trocaran la azada por el fusil que, cuando menos, les brindaba una muerte digna en el supremo esfuerzo por reconquistar los derechos a los bienes de la vida?

Los dos pueblos no desmintieron su leyenda de patriotismo y si de Villa de Ayala surgieron Torres Burgos, Rafael Merino, Juan Sánchez y otros más, de Anenecuilco salió Emiliano Zapata, que había de hacer inmortal el nombre de los dos pueblos.

Hijo de don Gabriel Zapata y de doña María Cleofas Salazar, nació Emiliano Zapata en Anenecuilco, por el año de 1877.

Muy pequeño aún, con su hermano Eufemio, ayudaba ya en las faenas del campo a su padre. Alguna vez el honrado labriego comentaba uno de tantos despojos que de las tierras ejidales hacían las haciendas vecinas y tuvo frases de justo y duro reproche para el gobierno que toleraba y aprobaba aquellos sistemas de explotación, implantados por los ricos propietarios de los latifundios morelenses y que permitían



la esclavitud como en los remotos tiempos de la Conquista, que parecía vivir aún el pueblo campesino.

Quedaron en el hijo grabadas las palabras del padre, y andando el tiempo, cuando pudo percatarse de los inicuos manejos de los latifundistas, dueños y acaparadores de las tierras de su estado, Emiliano Zapata inició sus primeros pasos de rebeldía.

Los hacendados de Morelos —lo repetiremos una vez más—, no satisfechos en su ambición sin límites con las exageradas extensiones de sus propiedades y apoyados en la lenidad intencionada de los gobernantes, hacendados también, por la justicia que en manos de jueces venales era mercancía a disposición del mejor postor y valiéndose de CHICANAS que constituían verdaderos actos delictuosos, consumaban el despojo de los ejidos de los pueblos que tenían la desgracia de colindar con sus feudos.

Tocóles su turno a Villa de Ayala y Anenecuilco y entonces Emiliano Zapata, encabezando a los principales perjudicados por el pretendido atentado contra la propiedad vecinal, acudió primeramente a letrados de México para que defendieran los derechos de sus convecinos, y más tarde cuando vio que la justicia era impartida al antojo de los hombres del poder, convocó a los moradores de Ayala y de Anenecuilco para incitarlos a defender con las armas las tierras de sus pueblos.

Esta actitud enérgica, valiente y justa, alarmó e indignó a los hacendados y a su aliado el gobernador de Morelos y la leva, el odioso sistema para cubrir las plazas vacantes del ejército, de que tanto abusó el régimen de Porfirio Díaz; la leva implacable contra el débil y el desvalido llevó a Zapata a las mazmorras del cuartel del 9o. Regimiento de Caballería, que en aquel entonces —1908— comandaba el coronel Fernando Remes y guarneecía la plaza de Cuernavaca. Zapata tuvo a su favor la influencia de hombres adinerados, como



el hacendado Ignacio de la Torre y Mier, quien lo estimaba particularmente por las habilidades y sapiencias de Zapata como experto charro y debido a esto sólo permaneció en las filas federales algo más de seis meses.

Ya libre, intentó dedicarse nuevamente a las tareas campestres en su pueblo; pero la altanería de los caciquillos no podía hacerles olvidar el rencor que guardaban a Zapata, pues mientras más insignificante era el poder del *mandón* a sueldo del gobierno o del hacendado, más grandes eran sus odios contra el osado que se le enfrentaba sin más apoyo que su dignidad ofendida o su honor ultrajado, y Zapata, blanco de la maledicencia de capataces y jefes políticos, hubo de ausentarse de su tierra y fue a prestar sus servicios como arrendador de los finos caballos de un señor Martínez, de origen español, residente en Chietla, Puebla.

Allí permaneció hasta el año de 1909, en que las elecciones para gobernador de Morelos despertaron en él sus entusiasmos para buscar el mejoramiento de su pueblo.

Era candidato oficial, es decir, de imposición, el teniente coronel Pablo Escandón, acaudalado hacendado morelense y elemento incondicional de la dictadura.

Su contrincante, el ingeniero don Patricio Leyva, hijo del estado y quien contaba con grandes simpatías populares, entre otras razones porque su padre, el general don Francisco Leyva, propuso al Congreso de la Unión, por el año de 1869, una iniciativa que elevaba al 3er. Distrito Militar de México al rango de entidad federativa, la que, desde entonces, aprobado el proyecto, se llamó estado de Morelos.

Inútil decir que Emiliano Zapata se filió en el partido leyvista, a sabiendas de que todo esfuerzo sería vano en contra de la voluntad del Gran Elector; pero, en cambio, aquella oportunidad le brindaba ocasión para levantar el ánimo de sus conciudadanos y utilizar sus energías en su ya preconcebido plan de reivindicación.



A su espíritu fuerte, hecho para las grandes empresas, unía una voluntad férrea, forjada en el yunque de todos los dolores y vejaciones sufridas por su raza desde los tiempos cortesianos, y al servicio de su anhelo, débil esbozo de su obra futura, puso el indómito poder de esa voluntad y la fe inquebrantable de su espíritu rebelde.

Los leyvistas fueron derrotados por el capricho del porfirismo, atento a salvaguardar los intereses de Escandón y los demás hacendados, dueños del estado.

Pero Zapata había logrado hacer prosélitos, erigiéndose en jefe de un partido que, si bien carecía de organización, de orientaciones políticas y de dirección intelectual, contaba con la espontánea adhesión de las clases trabajadoras de Morelos, ya conscientes de su esclavitud y más conscientes aún de sus derechos de ciudadanos que debían ser libres y que sabían cómo llegar a serlo.

Continuó, pues, bajo el gobierno de Escandón el imperio del más absoluto cacicazgo y se exacerbaron contra los leyvistas las persecuciones y las amenazas y muchos de ellos pagaron con el exilio en los malsanos climas de Quintana Roo, sus arrebatos democráticos; en ingenios y haciendas se continuó succionando la vida de los infelices jornaleros y como una sentencia de muerte para todo aquel que no quisiera someterse al yugo infamante estaba sobre los campesinos surianos la arbitrariedad de los pequeños mandones: jefes políticos, comandantes rurales, jefes de policía, etcétera; toda esa caterva de serviles, capaces de sacrificar la vida de un hombre útil por halagar a su señor.

Campo amplio y propicio a su intenso desarrollo encontraba en ese ambiente de opresión y de miseria el movimiento rebelde que en todo el país habían preparado el entusiasmo y la fe de don Francisco I. Madero y que tuvo sus primeras floraciones sangrientas en Puebla, el 18 de noviembre de 1910.



Escasa propaganda se hizo en el estado de Morelos (autoridades y hacendados, conociendo el peligro, extremaron los medios para evitarla) y esta circunstancia determinó que, hasta mediados de diciembre de ese año, manifestaran sus actividades revolucionarias Emiliano Zapata y Pablo Torres Burgos.

Mejor que otros, ellos conocían a fondo el estado de ánimo que predominaba entre sus conterráneos y comprendieron perfectamente que la idea libertaria tendría en Morelos esforzados defensores en todos los sirvientes de haciendas e ingenios. Sondearon el pensamiento de sus amigos más íntimos y decidieron celebrar una junta enteramente reservada, que se verificó en Cuajimalpa, punto de la serranía de Morelos, a la que sólo concurrieron, además de los citados, Margarito Martínez, Catarino Perdomo, Gabriel Tepepa y algunos otros correligionarios, muy contados.

En dicha junta se acordó que Pablo Torres Burgos, indudablemente el más ilustrado de la reunión y no el menos entusiasta, marchara a San Antonio, Texas, a conferenciar y recabar instrucciones de don Francisco I. Madero o de la juventud revolucionaria que en aquella población norteamericana funcionaba a la sazón.

Y hasta allá fue el animoso suriano y regresó, no tan pronto como lo desearon las ansias de sus compañeros, que guardaron el secreto, dedicados a sus labores habituales, siendo portador de noticias halagadoras, de nombramientos e instrucciones para los que deberían iniciar la rebelión en el sur.

Morelos celebraba las típicas y pintorescas fiestas de “los tres viernes”, los primeros de aquella cuaresma de 1911. Era el segundo de ellos, 10 de marzo, y siguiendo la inveterada costumbre la feria tenía lugar en Cuautla. Zapata, Torres Burgos y sus amigos, sin querer quebrantar el hábito de toda su vida, se reunieron en la histórica ciudad.



Y entre las delicias del jaripeo, alegre y varonil, y entre el cantar desafiante de los gallos, listos para la pelea, allá en medio de la algarabía del palenque; y entre las copas servidas en la cantina, pletórica de camaradas y compadres que también habían sufrido tantos y tantos años, aquellos hombres meditaron en la redención de aquel pueblo al que amaban y el que ¿por qué no?, habría de ser tan feliz, tan sinceramente feliz, todos los días de su existencia, como aparentemente lo era en esos días de feria, en los que los peones y aparceros de las haciendas iban a gastar los *anticipos* que les hacía el patrón del brazo de sus mujeres enfloradas, con rebozo y enaguas nuevos, que, así como ellos abandonaban momentáneamente el arado y la pala, ellas se olvidaban del metate y del *tlecuil*,¹ para disfrutar del asueto de esas festividades más profanas que religiosas, para volver, después, a continuar la vida misérrima del esclavo de los campos...

La feria terminó, y Zapata, Torres Burgos, Gabriel Tepepa, Catarino Perdomo, Próculo Capistrán y otros más, abandonaron Cuautla, ya decididos a lanzarse a la lucha armada; pasaron por Villa de Ayala, la residencia habitual de Zapata, y luego se dirigieron a Los Hornos, donde prepararon el asalto simultáneo a las plazas de Tlaquiltenango y Jojutla, combates iniciales del formidable movimiento agrarista que inmortalizó el nombre del sacrificado de Chinameca.



¹ Fogón construido con tres piedras sobre las cuales se ponen los recipientes de cocción. Es término náhuatl.- N. del E.

Felipe Neri



Una de las figuras de la revolución suriana más llena de colorido, es la de Felipe Neri.

Se antoja como una viva reencarnación de los legendarios chinacos que cantara *Fidel*: de recia complexión, de alma noble, fiero en el combate y activo, como un viejo guerrillero ansioso de descargar su arma contra el enemigo, al que busca incansable, Neri ejercía sobre *sus muchachos* la influencia decisiva de su valor temerario, de su serenidad pasmosa, de su admirable sangre fría; de él pudiera decirse, con el andaluz del cuento, que tenía el corazón hecho de hielo rojo.

Fue de los primeros en alistarse al lado de Zapata en las filas revolucionarias.

Durante el famoso sitio de Cuautla, en mayo de 1911, atacaba al frente de su cuerpo de dinamiteros una posición enemiga y uno de los proyectiles, una de las terroríficas bombas, lanzada torpemente, vino a estallar a sus pies, causándole serias heridas y la pérdida del sentido del oído.

Triunfante el movimiento maderista, Neri se radicó en México, para atender a su curación; permaneció ajeno a las diferencias surgidas entre el núcleo zapatista y el interinato que presidió De la Barra, y así, retirado a la vida privada, regresó a Morelos cuando se hizo cargo del primer poder de la República don Francisco I. Madero.

Hombre de trabajo, explotaba hasta antes de la iniciación de la lucha, unos hornos de ladrillo en la hacienda de Chinameca; sus productos le permitían vivir libre de la esclavitud del jornal, y, pensando rehacer su pequeña industria, fue a

ver al patrón; pero Neri, a los ojos de éste, había cometido el pecado enorme de convertirse en bandido y sólo logró ser admitido en calidad de peón.

Pobre, por la falta de trabajo durante su larga convalecencia, viose obligado a someterse a la dureza de aquella brega para alimentar a los suyos, y arreando de sol a sol los bueyes de la yunta, soportaba las vejaciones, las humillaciones, los insultos de que lo hacían blanco y objeto los capataces y encomenderos de la finca, que reían bonitamente del “bizarro general de bandoleros”, como por sorna y burla cruel lo apodaban.

Hasta que un día, el bravo Felipe Neri no pudo callar más: ni su hombría, ni su dignidad, ni su vergüenza, pudieron soportar las bravatas de aquellos necios y estalló.

Había convencido a varios peones de la hacienda de que su deber los llamaba a las filas revolucionarias, para ayudar con las armas en la mano a Zapata, que pugnaba por reivindicar los derechos que les negaban gobierno y hacendados; los había armado con escopetas y pistolas viejas, y seguido de sus aliados, lanzó el grito de rebelión frente a la casa grande; aprehendió a empleados y a capataces que en aquel duro trance trocaron las mofas y cuchufletas por jirimi-queantes ruegos y femeniles lamentaciones, los fusiló en masa y fue a reunirse con sus antiguos compañeros.

De Felipe Neri sobrevivirá siempre, en el recuerdo de los campesinos surianos, el prestigio de su desinterés, de su valor y de su actividad, evidenciado en la larga lucha que sostuvo contra los enemigos del agrarismo en Morelos y Puebla.



Ignacio Maya



Como el Ypiranga al dictador de los *treinta años de paz*, un barco alemán llevaba por aguas extranjeras al Usurpador.

La dictadura roja había terminado: los revolucionarios del norte llegaban triunfantes a la capital y de aquella sólo restaban en poquísimas partes del país, grupos que no habían logrado alcanzar el amparo de la concentración general del Ejército Federal, que ordenó Velasco cuando fue inminente la caída del huertismo.

Ojeda encabezaba uno de esos grupos; cerca de 6000 hombres de las tres armas permanecían en Cuernavaca, por agosto de 1914, en actitud defensiva y asediados por las tropas de Zapata.

La verdadera ofensiva zapatista contra los defensores del gobierno usurpador había dado principio en el mes de marzo, con la victoria de Chilpancingo, en donde uno de los más jóvenes generales surianos, el valiente Ignacio Maya, había hecho prisioneros a los jefes federales Paciono Benítez y Luis G. Cartón, cogiéndolos personalmente cuando éstos huían, en completa derrota, rumbo a Tixtla; continuó con igual éxito, con los combates de Zacatepec y Treinta, en donde también cayó en poder de Maya el general Flavio Maldonado, y proseguía tenaz y constante sobre las fortificaciones que las tropas de Pedro Ojeda sostenían en Cuernavaca.

Se puso sitio a la capital del estado de Morelos, mientras el grueso de las tropas zapatistas desarrollaba ventajosamente un plan de ataque sobre las poblaciones del Distrito

Federal que, desde Milpa Alta hasta Contreras, mantenían en su poder las fuerzas federales que, al mando de Ocaranza, fueron destacadas allí, hasta que el empuje de los surianos las obligó a replegarse a Xochimilco, donde fueron relevadas por tropas constitucionalistas.

El 12 de agosto, el general Zapata, que había vuelto a establecer su cuartel general en Yautepec, para de allí dirigir el ataque final sobre Cuernavaca, departía amigablemente, a la hora de la cena, con varios de sus lugartenientes que acudieron a recibir órdenes, cuando le fue entregado un pliego que, desde Cuernavaca, llevaba un propio.

Era la noticia que enviaba alguno de los correligionarios de la ciudad sitiada, afirmando que el general Ojeda había resuelto evacuar la plaza aquella misma noche.

Zapata hizo conocer el documento a todos los presentes y luego, con tono reposado, dijo, dirigiéndose al general Ignacio Maya:

—¡Tú, Maya, sal inmediatamente con tu gente: veremos si con Ojeda son cuatro los generales que me traes vivos!

Y en seguida, previendo que la única salida de la guarnición de la antigua Cuauhnáhuac era tomando el camino que conduce de esa población a Toluca, dispuso que los demás jefes marcharan a atacar a la desmoralizada columna de Ojeda, unos por los flancos y otros por la retaguardia. Zapata se situaría en determinado punto, para encerrarla en infranqueable círculo de fuego.

Y se despidió:

—¡Nos vemos por Xochitepec!



Todos cumplieron las instrucciones del jefe con exactitud prusiana, y en la madrugada próxima, bajo una lluvia de balas zapatistas, el general Ojeda inició su retirada trágica.

Maya, el hasta entonces invencible guerrillero, localizó a Ojeda, y con esa temeridad que fue su característica, se arrojó por en medio de la atemorizada tropa federal, tratando de cogerlo personalmente, como había hecho con Benítez, con Cartón y con Maldonado; pero un oficial del Estado Mayor del jefe huertista descargó sobre Ignacio su revólver, y el esforzado luchador suriano rodó exánime por tierra.

El general Zapata supo al instante la noticia y se consternó visiblemente: Maya fue uno de sus lugartenientes más queridos; su valor había influido muchas veces en la decisión de los combates y sus bríos juveniles contagiaban de viriles entusiasmos, de fieros arrestos, a las tropas.

Tres connotados jefes perdía el Ejército Libertador en la campaña de Cuernavaca: Franco Pliego, Bonifacio García e Ignacio Maya.

Los restos de los dos últimos, como un digno homenaje, descansaban en el mausoleo que el general Zapata hizo levantar frente a la iglesia de Tlaltizapán, hasta que las furias destructoras de los soldados de Pablo González profanaron la tumba de los principales revolucionarios agraristas, caídos heroicamente en la larga lucha.





Los generales Eufemio y Emiliano Zapata
en su visita a México, el año de 1911.

Amador Salazar



*... y venga en el sonámbulo gendarme de la esquina,
casi cuatro centurias de dolor y silencio.*

E. GONZÁLEZ MARTÍNEZ

En la hacienda de Atlihuayán, un feudo de más de 10 000 hectáreas de tierra fertilísima, que a un lado de Yau-tepec levanta orgullosa su castillo señorial, trabajó en los primeros años de su juventud, en las rudas faenas del campo, Amador Salazar.

De carácter agresivo y altivo, eran frecuentes las reyertas que Salazar sostenía con los empleados de Pablo Escandón, el millonario gobernador de Morelos y propietario de aquel latifundio, y no era rara la vez, en los días de descanso o de asueto, que la corpulencia de Amador dejara tendido en las calles de Yau-tepec a un gendarme de uniforme desteñido y pistola oxidada.

Y naturalmente —porque esto se hacía y se repetía en aquellos tiempos, como cosa inevitable, como sistema invariable—, Amador fue condenado al servicio de las armas.

En el cuartel de la Escuela de Tiro, de esta capital, fue internado durante 9 o 10 meses y cuando lo rescató el esfuerzo y el sacrificio de su padre, quien hubo de pagar fuerte cantidad de dinero por la libertad de su hijo, éste regresó a Yau-tepec, pretendiendo volver a gastar sus energías en los cañaverales de los ingenios, soportando los malos tratos de

los mayordomos y capataces, hasta que un día supo del levantamiento de su pariente, Emiliano Zapata Salazar, y se fue con él, ahíto de entusiasmos y sediento de venganzas, como todos los que se levantaron en armas, porque habían sufrido mucho.

En 1916, tropas constitucionalistas, en número aproximado a 30 000 hombres, habían invadido gran parte del estado de Morelos y continuaban desarrollando sus planes para controlarlo.

Amador Salazar, que habíase distinguido prominentemente en los cinco años de campaña, organizando y mandando en jefe una división de las tres armas, la mejor disciplinada y pertrechada del Ejército Libertador, estaba encargado del sector de Yautepec, que conocía en todos sus vericuetos y escondrijos.

El 16 de abril fue avisado el excomandante militar de México, de que el enemigo avanzaba sobre la plaza, y valiente y audaz, como buen guerrillero, quiso conocer personalmente el dispositivo de los constitucionalistas, saliendo por el camino de Apaquetzalco, acompañado tan sólo por su escolta y su Estado Mayor.

Caminaban por la carretera, hurgando con los telémetros en los cerros próximos y en los matorrales del llano, cuando de más de 100 fusiles llovieron balas sobre el grupo de Amador.

Los constitucionalistas, ocultos a los lados del camino, en los múltiples apancles que cruzan los terrenos de cultivo, habían hecho caer en felona emboscada a uno de los firmantes del Plan de Ayala: una bala de máuser le había dividido la yugular, dejándole apenas vida para hacer volver grupas



a su caballo, que salió huyendo hasta que fue alcanzado por los ayudantes de Salazar.

Todos creían que el general estaba solamente herido: por los orificios de entrada y de salida, apenas si brotó una gota de sangre y Amador permanecía sobre su retinto, sin exhalar una queja, ligeramente inclinado el cuerpo hacia atrás; pero la hemorragia interna había lo asfixiado y gracias a que la blusa de campaña, anudada por los extremos delanteros, quedó prendida a la cabeza de la silla de montar, el cuerpo exánime se mantuvo en equilibrio sobre el caballo.

Así murió el general Amador Salazar, cuyos restos, como los de Maya y Bonifacio García, reposaban en el después profanado sarcófago de Tlaltizapán.



El albur de la muerte



Felipe Neri y Amador Salazar fueron dos representantes de ese grupo de campesinos que en 1911 se rebelaron con las armas en la mano contra el cacicazgo morelense que enriqueció a los favorecidos del gobierno de Díaz.

Fueron dos fieros luchadores: cara adusta, frase entrecortada, ademán nervioso, serenidad ante el peligro; todas las características del guerrillero legendario que en nuestro país ha aportado libérrimamente su contingente de sangre y de vida a nuestra emancipación política, reunían en sus personas los dos generales zapatistas.

Una tarde del año de 1912 descansaban de las tareas nada gratas de la ruda campaña, en su campamento frente a Yautepec, y después de devorar con apetito que envidiarían los golosos ciudadanos, un rico mole poblano con su abundante ración de tortillas calientes, diéronse a jugar al conquián, sencillo y pintoresco, de “diez para hacer once”, que les había enseñado Zapata.

A poco, la partida volvióse interesante: los billetes del Banco de Morelos y las relucientes monedas de plata cambiaban de poseedor alternativamente, y unas veces eran en manos de Salazar, cuando una tercia de reyes hacíanlas volver, por duplicado, a las de Neri, hasta que al fin éste, cansado como un sultán de sus mujeres, buscando sensaciones nuevas, propuso a Amador un albur, con apuesta tentadora para sus vanidades de hombre y sus valimientos de general.

—¡Vamos a jugar algo por la causa! —sentenció muy serio Felipe Neri—: el que pierda tendrá que ir a matar a uno

de los enemigos de la Revolución, de esos que tanto hablan en Yautepec.

Aceptó Salazar, solemne, la singular proposición: no podía ser menos que su retador.

Y de las cartas, no muy limpias por el continuado ajetreo, surgieron un caballo y una sota.

Al caballo apostó Amador: debería darle el triunfo, sacarlo avante en su arriesgada empresa, como su retinto cuartalbo en los combates, o lo encarrilaría hacia la muerte, que en un corrido de música abajeña cantaría Marcianito Silva, el famoso cantor de Cuautla.

Premeditaron: cerca del campamento, Yautepec ofrecía el pánico de enemigos del zapatismo que se perfilaban como arietes de la dictadura y del cacicazgo ancestral: el jefe político, los concejales, los ricos hacendados, los incondicionales de unos y de otros, el jefe del destacamento, etcétera, etcétera, y jefe del destacamento integrado por rurales, hombres precisamente surgidos del movimiento revolucionario, era Ramón Castro, morelense como ellos, quien, enajenado a la causa popular (había pertenecido a la escolta de Zapata, en 1911), por interés al *prest* pagado por el gobierno de Madero y por la ambición de mando, habíase convertido en constante y peligroso perseguidor de los zapatistas.

Sobre Román Castro recayó la terrible apuesta.

—¡A ver quién va a matarlo! —se dijeron los dos guerrilleros; y empezaron a correr la baraja: as de bastos, siete de espadas, cuatro de copas... ¡sota de oros!

Había perdido Salazar.



Aquel anochecer, Román Castro disfrutaba de sus prerrogativas de jefe militar y de civil casi omnipotente, en casa de una de sus amantes de Yautepec.

Beodo a medias, bendecía la hora en que Madero habíale otorgado oficialmente el poder de sus armas y endulzaba su siesta con el embrutecedor halago de su poderío que le hacía confundir la venganza ruin con la verdadera justicia: “Fulano de tal me la pagará”, “Mengano ajustará cuentas conmigo”.

Y se recreaba pensando en que todos los *levantados*, inclusive y principalmente Zapata, habrían de caer en sus manos, sostenedoras de la diosa Temis, cuando una voz sonora y áspera lo volvió al mundo real, teatro de sus hazañas de palurdo señor de horca y cuchillo.

—¡Aquí está Amador Salazar, a ver si de veras eres hombre!

Ni una voz más: en la oscuridad de aquella noche, sólo se escucharon las detonaciones precipitadas de las pistolas de dos rivales y por las callejuelas escuetas de Yautepec, la carrera vertiginosa de los caballos de los que huían.

Sobre el empedrado del arroyo, Román Castro agonizaba. Salazar había pagado su apuesta al albur de la muerte.



Marciano Silva, el cantor de Cuautla



La escena se desarrolla en un campamento del Plan de Amilpas, en Morelos, en una noche ahogada en el ambiente sofocante de esas regiones tropicales.

Los *vales* de la compañía, echados de bruces sobre la grama o con la cara al cielo, viendo sin mirar el feérico derroche del horizonte estrellado, olvidan las cruentas penalidades de la campaña y celebran con sendos tragos de *resaca*, que sorben a pico de botella, de una de cuartillo y medio que sabe ya de los secretos de todo el auditorio, las estrofas, ora viriles, desafiantes, épicas, ora sentimentales, melancólicas, tristes como la raza subyugada de la que eran representativos aquellos hombres, que al son de un bajo desgranaba Marcianito Silva y que brotando muy sentidas del alma del bardo labriego, parecía como que iban a acariciar las esperanzas, a vigorizar los bríos, a sostener las ambiciones o a hacer más hondas las nostalgias eróticas de los presentes, para después perderse en los misterios del bohío.

—Otra, Marcianito: ¡el *Corrido del Quinto de Oro!*, demandaba entusiasmado, irguiendo medio cuerpo y mesándose la hirsuta cabellera, un compa [al] que gustaba oír las cadencias voluptuosas del danzón al que Marcianito le había compuesto aquellos versos que le recordaban “cómo y cuándo en Cuautla, le habían puesto el aire a los pelones”.

Y a la presión suave de los dedos adiestrados, volaban las notas de la guitarra, y todos callaban para mejor escuchar el famoso corrido:

Lo que es el quinto regimiento
nunca pierde, sí;
decían, con gran satisfacción,
cuando a Morelos dispusieron
los rebeldes, sitiar aquella ocasión...

Las “compañías” —designación que se daba a los soldados zapatistas— apretaban con las manos sus carabinas, recordando cómo, durante el sitio a Cuautla, oían, noche a noche, los retos, las *habladas* de los federales que les gritaban desde lo alto de azoteas y campanarios, donde estaban preparados:

Nosotros somos condecorados,
los más valientes de la nación;
no pistoleros, como esos vagos
huamuchileros sin instrucción.

Nosotros somos condecorados,
los más valientes de la nación,
y el azote de los malcriados
que se han lanzado a la rebelión.

Así sucedió en verdad, tal como lo dicen los versos de Marcianito: aquel 5o. Regimiento de Caballería que comandaba el coronel Munguía, fue invencible hasta los combates de Cuautla, en que después de seis días de lucha enconada evacuó la plaza, muy diezmado en su efectivo, causando tremendo desconcierto en el gobierno de don Porfirio; y justamente por aquella circunstancia, los *juanes* del “quinto de oro”, como lo llamaban, sentíanse orgullosos de su corporación y por todas partes y en todas ocasiones proclamaban su valor y su pericia.



Marcianito continuaba; el recuerdo del triunfo, el primero que alcanzaran las huestes de Zapata, iba trocando el gesto hosco de los *muchachos* en sonrisa de satisfacción y de orgullo:

¡Pobres pelones, tal vez pensaban
que aquí los indios habían de huir;
pero tan sólo al lucir sus armas
y oír el toque de su clarín;
pobres pelones del quinto de oro,
a otros cuenten, que por aquí
no más tres piedras, porque la fama
que hay en Zapata, no tiene fin!

Y cuando terminaba con aquello de:

¡Adiós, quintito de oro afamado,
mi pueblo llora tu proceder,
en otras partes habrás triunfado,
pero, aquí en Cuautla, no sé por qué,
nos prometiste el ampararnos,
pero corriste!; ¡qué hemos de hacer!,
los calzonudos te corretearon,
¡porque a Zapata le tiran tres!

Estallaba la ovación, menudeaban los abrazos para Marcianito y la de cuartillo y medio, repuesta en su contenido como por arte de magia, circulaba inyectando alegrías y entusiasmos entre aquella gente, a la que nadie creería rodeada de peligros y de sufrimientos.



Marcianito, obsecuente, con sonrisa sincera y espontánea, agradecía los cumplidos y se apresuraba a satisfacer los deseos de la clientela, insaciable oyéndole trovar:

—¡*La Adelita*, Marcianito, cántenos *La Adelita*!, ¡p'acordarme de mi chata! —pedía uno.

—¡No, mejor *La muerte de Cartón*! —clamaba otro.

A ninguno hacía caso Marcianito; ya en aquel ambiente caldeado por el vino de caña de azúcar, era de más efecto el canto de guerra, el himno zapatista, que encendía en los ojos ardores bélicos y acrecentaba en los corazones el cariño al jefe y la confianza ciega en el triunfo de la causa, y Marcianito volvía a la carga:

Soy rebelde del estado de Morelos,
que proclamo las promesas de San Luis.
Soy rebelde, lucharé contra Carranza,
porque al fin nada ha de cumplir.

Con mi winchester, mi caballo y dos cananas
y de escudo la virgen del Tepeyac,
he de hacer que se respete el Plan de Ayala,
aunque sucumba cual valiente liberal.

La montaña es mi baluarte, no lo niego,
y yo siempre zapatista lo he de ser,
ante un grupo de “carranzas” no me arredro,
mientras tenga 30-30 he de querer.

Si más tarde la suerte me es adversa
y me “avanzan” los “carranzas” por desgracia,
he de morir diciendo con firmeza:
¡Vivan los héroes del sur! ¡Viva Zapata!



Los vivos a Zapata llenaban el espacio; Marcianito, fatigado, se rendía; se disolvía la reunión, porque era necesario descansar para estar listos a la hora de los albazos y en las tinieblas que pronto envolvían al campamento al extinguirse la luz de las fogatas, sólo brillaban, como luciérnagas de oro, las lumbres de los cigarrillos, los toscos cigarrillos de hoja que fumaban los del vicio, mientras tarareaban *sotto voce*, pensando en la prieta ausente, arrastrada por la leva a tierras ignoradas, alguna de las canciones aprendidas de Silva:

¿Qué te pasa, estado de Morelos,
que te tratan con tanta ambición,
que no respetan ya ni al sexo bello,
que es el ángel de mi adoración?

Rebelde por convicción, por espíritu de solidaridad, por fraternal deber, ya que también él sufrió lo que sus hermanos de Morelos, Marcianito Silva —como le llamaban familiar y cariñosamente todos los surianos— fue a las filas revolucionarias a compensar la amargura de los días de lucha, con el rasgueo de su bajo y el folclorismo de sus corridos.

Noble y fructífera tarea la de este humildísimo cantador; ¡cuántas veces la rudeza de los campesinos-soldados encontró un lenitivo a sus penas, un aliento en sus desmayos, un reconfortante a sus energías a punto de agotarse, en las canciones del poeta labriego!

Nunca alardeó Silva de sabihondo: su inspiración limitábalo a decir en sus estrofas, en las que el vocablo fue libremente usado, con libertad de rebelde que no tiene meta en su arbitrio, lo que presencié y creyó merecedor de los honores de su lira:



No diré lo que no es cierto,
yo nunca puedo mentir,
porque no quiero que después de muerto,
se critique mal de mí.
Todos los que gusten escuchar los versos
de todo lo acontecido,
que jamás a mí me culpen
porque es corto mi sentido.
Me falta la entonación,
mi dialecto es muy corriente,
pero me he fijado que, en toda ocasión,
lo claro es lo más decente.

Y así, el “cantor de Cuautla” —nombre por el que también es conocido Marcianito— fue poniendo letra a la música popular de *La Adelita*, de *La Cucaracha*, a danzones en boga, a vales melancólicos que tan profundamente sentidos son por los surianos, a quienes la larga esclavitud sufrida en las labores atormentadas de las haciendas ha hecho que lleven en su alma una tristeza infinita, pudiéramos decir innata; y sólo empleaba sonos especiales, en uno que otro corrido.

Sus estrofas narraron los episodios más sensacionales en que abundó la revolución zapatista, tales como la toma de Chinameca, la captura de Cuautla, algunas de cuyas estrofas hemos transcrito antes, y la derrota infligida en Chilpancingo a la guarnición huertista que defendió la plaza guerrerense; de este corrido tomamos la parte en que se describe el momento de la aprehensión del general Cartón, llevada a cabo por Ignacio Maya, cuando aquél, al emprender la retirada, tropezó con el cadáver de su hijo, el teniente coronel Cartón:



Iban por el camino
haciendo fuego sin descansar;
legó la empresa de un cruel destino
que los tiranos debían de esperar;
pero Cartón, el enfurecido,
parapetado de un tecorral,
donde a balazos fue sorprendido,
enfurecido hacía fuego más.

Ya había pisado, según, su raya,
y en esa guerra preso cayó,
cayendo en manos del jefe Maya,
a quien su espada luego entregó:
No crea, mi jefe, que yo me vaya,
pues sólo quiero me haga un favor:
que entierre a mi hijo q'en la batalla
hace un momento muerto quedó.
Maya le dijo: vaya a enterrarlo,
tiene el permiso en esta ocasión,
luego que venga y entierre a su hijo,
vamos a hacer su presentación.

Ya está su deudo con ojos fijos:
Mi hijo querido, moriré yo,
darte sepulcro siempre ansiaré,
yo soy tu padre y ¡adiós, adiós!...

Muy fecundo fue el numen del vate vernáculo; pero, como no sabe leer ni escribir, sus producciones se han perdido casi todas, como esos soldados que quedan exánimes en los campos de batalla y de quienes bien pronto olvidamos hasta el nombre, si es que lo supimos. Marcianito ha sido siempre modesto y amable; pero jamás le hizo gracia que le exigieran cantara determinada pieza y suspendía la au-



dición cuando notaba que alguno de sus oyentes tomaba la letra de sus canciones.

—Son muy malas, señor; apenas si cantadas se pueden oír —argüía cuando le pedían la letra de alguna de sus composiciones.

Marcianito Silva vive aún; en un rincón de su Morelos añora los días lejanos de la campaña, cuando en el campamento ponía la nota alegre, rodeado de los *valedores* de la compañía, y sólo de tarde en tarde, cuando llega hasta su humilde casita lugareña alguno de los jefes viejos, descuelga a la inseparable compañera de sus correrías revolucionarias y, como entonces, vuelve a hacer vibrar las sonoras cuerdas y a entonar sus canciones que llenan su mente de recuerdos gratos y más de una vez han de hacerle reflexionar que “¡cualquier tiempo pasado fue mejor!”



Cómo fue proclamado el Plan de Ayala



Después de haber escapado del cerco que le formaron los “colorados” y los federales, el general Zapata desapareció a la vista de sus compañeros y fueron inútiles las pesquisas que éstos hicieron para encontrarlo. Sin embargo, tenían la seguridad de que Zapata, si bien oculto con ignorados fines, no cesaría en su empresa, pues le sobraban ansias y arrestos, decisión y empuje.

Los zapatistas entonces se dirigieron, en su mayoría, hacia los límites de Puebla y Morelos en donde se mantenían en armas Jesús Morales, Francisco Mendoza y otros jefes subordinados a Zapata, quienes recibían con gusto a los contingentes de Morelos.

Mientras tanto, el general Zapata, que había salido de Villa de Ayala en compañía de Otilio E. Montañón, exdirector de la escuela primaria del lugar, encaminó sus pasos con el mismo rumbo y ambos salieron a refugiarse en el corazón de la abrupta serranía, en un punto situado no lejos del pueblo de Miquetzingo.

La conducta de Madero exigiéndole incondicionalmente su rendición y la de sus hombres cuando él mismo había reconocido la justicia de su causa y había reprobado públicamente los procedimientos del gobierno interino que, sin hacer caso de las demandas del pueblo morelense intentó muchas veces su exterminio, creó en el alma de Zapata una honda decepción, que vino a profundizarse aún más con aquel inexplicable ataque de que acababa de ser víctima en

Villa de Ayala, en cuya preparación hubo mucho de felonía y perfidia y mucha ventaja al realizarlo.

Parecía que Madero, contagiado al llegar a la Presidencia de la República, cambiaba de manera de pensar y pretendía obligar a Zapata a combatir o a rendirse olvidando sus deberes de jefe, de revolucionario y de hombre a cambio de una vida de comodidades y de holganza, que hubiera sepultado su prestigio de luchador desinteresado bajo las maldiciones y el odio de su pueblo, que volvería a ser vejado y hambriento pueblo esclavo de hacendados, capitalistas y caciques.

Zapata había tenido fe y confianza en Madero, estaba seguro de que cuando rigiera los destinos del país acudiría solícito en auxilio del pueblo suriano que se mantenía en armas en actitud defensiva porque aún no desaparecían las causas que lo obligaron a rebelarse en contra de las instituciones; pero cuando vio que el nuevo gobierno, el que presidía el Caudillo de la Revolución, le decía “¡A ti, que eres uno de los que más desinteresada y eficazmente ayudaron a la Revolución, te daré todo el dinero que desees; pero a esos que te siguen, que te quieren, te respetan y obedecen, a esos, que tienen tanta razón, pero que me perjudican, a esos abandónalos sin armas, sin defensa alguna, abandónalos a su suerte y a los rencores de mis soldados, sus enemigos, y te tendré por un patriota y leal subordinado, aunque el pueblo que te vio nacer te maldiga!”, no vaciló un momento y tomó la única posible resolución: volver a la lucha armada.

Mas para desmentir las especies tan socorridas por la prensa metropolitana de que Zapata y los suyos, acostumbrados a la vida inquieta de la revuelta y dando rienda suelta a sus instintos se dedicaban al pillaje, al saqueo, al asalto en despoblado, al bandidaje, en fin, de la época legendaria de “los plateados”, ideó Zapata la proclamación de un plan revolucionario que, al mismo tiempo que justificara su actitud



ante la opinión nacional, también desorientada y decepcionada, encerrara la doctrina, la bandera del movimiento que iban a sostener nuevamente las huestes surianas.

Y durante tres días, allá en la soledad de la sierra, Zapata emitiendo ideas y Montaña dándoles forma y discutiéndolas luego entre ambos en apacibles y mesurados comentarios, permanecieron hasta terminar todos los postulados del nuevo plan revolucionario, y rompieron entonces el secreto de su escondite y de su desaparición, que sólo era conocido por Juan Sánchez, amigo de todas las confianzas de Zapata, vecindado en Miquetzingo y que diariamente les llevaba la frugal comida, ascendiendo por entre los intrincados vericuetos de la sierra hasta donde se hallaban.

Todos los jefes zapatistas que operaban por aquellas regiones recibieron órdenes de reunirse a la mayor brevedad posible en la serranía de Ayoxustla.

El 25 de noviembre aquel solitario punto de la sierra había sido transformado en un animado campamento revolucionario, en el que multitud de hombres cruzado el pecho por las cananas a medio llenar de cartuchos de diversos calibres y en la mano rugosa y morena la carabina aún oliente a pólvora, se apretaban en un abigarramiento singular comentando los recientes acontecimientos y el objeto de aquella cita de la que presentían resultados halagadores.

En el interior del jacal que les había servido de albergue el general Zapata y Montaña discurrían sobre cosas y casos que los de afuera no podían saber, a pesar de su curiosidad manifiesta y mal contenida, hasta que al fin Zapata, siempre grave en medio de su amabilidad, de pie en el claro que debió llenar la puerta del jacal indicó:

—¡Esos que no tengan miedo que pasen a firmar!

Y acto continuo Montaña, de pie sobre una mesa de madera, pequeña y de rústica manufactura, que como histórica reliquia conservan los vecinos de Ayoxustla, con su



voz áspera y gruesa y su acento de educador pueblerino, dio lectura al Plan de Ayala.

Todos los presentes acogieron el documento con entusiasmo desbordante y después los jefes y oficiales lo firmaron emocionados. Una música compuesta por “líricos” de Miquetzingo, llevada exprofeso, lanzó al aire las notas del himno patrio y luego de oírlas religiosamente y de que hubieron hablado J. Trinidad Ruiz y otra vez Montaña, se procedió a la jura de la bandera.

Era una hermosa enseña tricolor, de raso de seda, que había acompañado a los insurgentes surianos de 1911 en la campaña maderista; aquellos hombres sentían verdadero cariño por ella, porque ella sabía de los que habían caído en la lucha y de los sufrimientos y alegrías de los victoriosos.

La levantó en sus manos uno de los jefes presentes y a sus lados se colocaron Emiliano y Eufemio Zapata y frente al grupo desfilaron las huestes zapatistas.

El acto, imponente y sencillo, conmovió hondamente la rudeza de aquellos aguerridos luchadores. Una pequeña y vieja campana que había enmudecido por mucho tiempo (con la que llamaban a misa cuando había misas en Ayoxustla), añadió una voz más a la murga de Miquetzingo y en el espacio detonaron centenares de cohetes.

Firmado el Plan de Ayala (denominación que se le dio desde entonces en homenaje al pueblo en que se fraguó la sublevación de los surianos, en 1911) por los jefes y oficiales presentes, quienes hicieron juramentos espontáneos de ofrendar hasta la vida por alcanzar su triunfo, fueron conocidas las distintas comisiones que debería cumplir cada jefe de grupo y se abandonó el histórico Ayoxustla.

El general Zapata tomó camino de Morelos atravesando la serranía y acampando el 27 en Ajuchitlán, ranchería situada entre San Miguel Ixtlilco y el Real de Huautla; allí ordenó a Bonifacio García, a Próculo Capistrán y a Emigdio Marmo-



lejo que fueran a invitar al cura de Huautla para que viniera al campamento con su máquina de escribir y papel carbón.

—Pero explíquenme, hijitos: ¿es verdad que Zapata está herido? Díganme para llevar los óleos... —musitaba azorado el curita.

—No traiga más que la máquina —le respondió Marmolejo, que había obtenido papel de copiar en la mina Guadalupe—; cuando mucho, para que no se fatigue tanto, le ayudaremos a llevar unas botellitas del vino de consagrar para calmar la sed del camino.

Grande fue la sorpresa del señor cura cuando en presencia de Zapata éste le dijo que necesitaba varias copias del Plan de Ayala y dándole a leer el documento el presbítero lo hizo con avidez, mezcla de asombro y de curiosidad y de muy buen grado, casi gustoso, si no fuera porque aquello significaba para él —indocto en mecanografía— algunas horas de trabajo, dióse a copiar los postulados agraristas como si se tratara de la última pastoral, y terminado que hubo, de pie frente a Zapata, dijo en voz que oyeron los que le rodeaban:

—General, esto está muy bien: era lo que ustedes necesitaban. Por algo le decía yo a Huerta, cuando éste me aseguraba enfáticamente que pronto acabaría con ustedes, que “a Zapata no le cogerá usted más que una...”.

Y aquí, cuenta la leyenda, el buen curita soltó candente frase que en otras circunstancias le hubiera valido penitencia de pecado mortal.

De estas copias a máquina se enviaron a México varias, una de las cuales fue publicada por mediación del periodista don Enrique M. Bonilla en *El Diario del Hogar*. Ninguno de los periódicos metropolitanos quiso en aquellos días dar a luz el documento rebelde, de un radicalismo que en aquel entonces causaba (entre los burgueses y aun entre los políticos seudorrevolucionarios encastillados en el “antirreeleccionismo” ya sin razón de predominio ante la necesidad de



la reforma social) efectos de peligroso explosivo, y Bonilla, en una entrevista con el presidente Madero, se lo mostró diciéndole:

—Mire usted, señor, el famoso Plan de Ayala que ha proclamado Zapata desconociendo a su gobierno. ¿No cree usted que debemos publicarlo?...

—Sí, publíquelo —contestó don Francisco—: para que todos conozcan a ese loco de Zapata.

Todavía recuerda el señor Bonilla (posteriormente incorporado a las filas zapatistas) la enorme demanda que tuvo la edición de *El Diario del Hogar* en la que fue publicado el Plan de Ayala, pues aparte de un doble tiro hecho ese día, hubo de hacerse uno extraordinario para satisfacer las demandas que llegaron de toda la República.

Así fue cómo con autorización presidencial se dio a conocer por vez primera el histórico Plan de Ayala.



Cómo fue muerto Emiliano Zapata.
Algo de su vida y de su obra



EL VERDADERO REVOLUCIONARIO

Vestido de charro, pulcra y elegantemente, con el típico traje suriano: chaqueta de gamuza bordada con finísimo hilo de oro, ajustado pantalón con pulida botonadura de plata que parecía terminar en las espuelas de sonar argentino; el rostro, de gesto grave a veces, otras sonriente, en el que se destacaban por encima del espeso y negro bigote y bajo el ancha ala del enorme sombrero los ojos negros también, de mirada escrutadora que desde luego dejaba adivinar toda la firmeza, toda la grandeza del alma del caudillo, y cabalgando el brioso retinto que parecía satisfecho de llevar sobre sus lomos a tan hábil jinete, así vimos a Emiliano Zapata, casi siempre, los que con él compartimos las vicisitudes de la larga campaña por él iniciada y por él sostenida en el sur de la República.

La roja leyenda que alrededor de su personalidad había inventado la imaginación de los reporteros ciudadanos o la maledicencia de sus enemigos políticos quedaba destruida por completo después de oír breves momentos siquiera la frase enérgica, pero no áspera, que lentamente, perezosamente, iba brotando de los labios de Zapata y que hablaba casi siempre de su supremo ideal: la liberación de los suyos, de los pobres indios que, de generación en generación, desde largos años habían vegetado como plantas de consumo, habían vivido como bestias de trabajo o servido como instrumentos de

labranza a los poderosos latifundistas en las ricas haciendas del fértil y pródigo Morelos.

Como todos los hombres de aquella raza de parias él también había sentido sangrar sus espaldas a los azotes del capataz, había sufrido en su alma el dolor inenarrable de llegar al misérrimo hogar agotado físicamente por la diaria brega absurda y compartir con los suyos la absoluta carencia de pan, la miseria extrema, porque el producto de su trabajo lo absorbía totalmente el agiotismo de la tienda de raya.

Y él, como todos aquellos hombres que eran más esclavos que las bestias, no podía ni protestar contra esas y otras injusticias, porque si su voz se alzaba hasta las esferas del gobierno, éste permanecería indiferente y mudo, mientras que el señor dueño de vidas y haciendas lo echaría a la montaña a comer las legumbres silvestres, el pasto de los montes como los pobres animales a quienes inutilizaba la fatiga.

Y algo que llevaba en su corazón muy grande, algo que parecía transmitido de los espíritus rebeldes de los surianos legendarios sobrepujó a la apatía sumisa de su raza, pudo aun más que las fieras amenazas de caciques y autoridades y con el fusil libertario en la diestra y sin más esperanza que la fe en la justicia que asistía a su pueblo, caballero en su retinto brioso, se lanzó decidido a la Revolución.

Zapata no fue un bandido ni un atávico salteador de caminos. Comprendió, con clara intuición, que para salvar a sus hermanos de la triste situación en que se desesperaban era necesario y urgente ir a la guerra y a ella fue sin que le arredraran ni horrores ni peligros. Fue honrado: cuando vio que la Revolución, en su primera etapa, sólo resolvería el aspecto político, que en nada beneficiaría a la clase proletaria, él protestó con energía y cuando no se le oyó, cuando no se le hizo caso, continuó al lado de los suyos sosteniendo sus demandas justísimas con las armas en la mano.



Pero no seré yo quien pretenda lograr en estas cortas líneas el retrato de Zapata, de ese hombre que tuvo en suspenso el juicio consciente de los mexicanos durante su actuación revolucionaria y cuya obra es aún desconocida de la mayoría. Hablaré tan sólo brevemente de su obra y de su muerte.

¿POR QUÉ CAYÓ ZAPATA?

Uno de los acontecimientos que más contribuyeron al desprestigio de la administración carrancista fue, indudablemente, el asesinato de Emiliano Zapata perpetrado un año antes de que aquélla se derrumbara.

Al recordar hoy la tragedia de Chinameca me limitaré a narrar los antecedentes y detalles de la cobarde celada que salpicó de fango los entorchados militares de Pablo González, factor intelectual del crimen.

¿Por qué inexorable ley del destino, Zapata, ese hombre que no pudo ser bueno (en la acepción piadosa del vocablo) porque llevaba en sí el peso de todas las injusticias sufridas por los suyos, pudo caer bajo el golpe de la traición?

Esta pregunta venía a nuestra mente cuando todavía en la ofuscación propia del momento, no medíamos la magnitud de la tragedia; mientras aquí, en México, después de leer los reportazgos de los diarios metropolitanos, la sociedad, a su vez, se preguntaba: ¿Cómo Emiliano Zapata, de suyo astuto y desconfiado, pudo creer en las patrañas de Guajardo?

Efectivamente, Zapata era desconfiado; de sobra sabía que sus enemigos eran capaces de esgrimir para exterminarlo todas las armas de la infamia; los asesinatos colectivos de hombres indefensos, de ancianos, de mujeres y de niños, quienes no tenían mayor culpa que la de vivir en lugares controlados por el zapatismo, perpetrados con lujo de crueldad, con exceso de barbarie, daban cuenta exacta de lo que



podían realizar en su encono aquellos hombres que, obedeciendo las órdenes de Pablo González, no parecían mexicanos, ni parecían hombres.

Zapata sabía que Guajardo era uno de sus acérrimos enemigos, uno de sus más tenaces perseguidores, de los más activos, valiente y audaz. ¿Cómo entonces cayó en la red? —Volveréis a preguntaros.

Para tratar de explicar este enigma, haré un poco de historia.

LA IDEA DE FRATERNIZACIÓN DE LOS SURIANOS

Desde 1915, cuando rotas ya las hostilidades entre las dos grandes facciones revolucionarias —convencionista y carrancista— cada grupo hubo de tomar rumbo hacia sus antiguos centros de operaciones, en el sur predominaba la idea de que, eliminado Carranza de la política nacional, los elementos sanos de la Revolución volverían a unirse en completa comunión de ideales. Desde aquel entonces se pretendió destruir todo prejuicio de partidismo y laborar sólo por el bien común; pero la irrupción de la tropa de Pablo González al estado de Morelos, haciendo cruenta guerra sin cuartel, devastando campos y poblados, cometiendo atropellos inauditos y crímenes indescriptibles, enfrió todos los entusiasmos, originando el aplazamiento de aquella noble idea.

Algún tiempo después, en 1917, cuando Pablo González regresaba a México, con sus soldados moribundos de paludismo y la calma renacía en el heroico estado, el general Gildardo Magaña, a la sazón encargado del cuartel general, insistía de nuevo cerca del general Zapata sobre la conveniencia de iniciar un cordial acercamiento entre los hombres honrados de la Revolución, incluyendo, naturalmente, a los que militaban en las filas del carrancismo, y bien pronto



Magaña, con la plena autorización de Zapata y en su representación oficial, efectuaba por medio de correspondencia y aun por delegaciones especiales, mutuo cambio de impresiones con prohombres del carrancismo y algunas conferencias que a la postre fracasaron, debido a la intransigencia sistemática del llamado gobierno *de facto*.

Pablo González, quien, no obstante su fracaso militar, deseaba volver a territorio morelense, alentado por las pingües ganancias obtenidas en su reciente campaña, creyó ver en este esfuerzo una demostración de debilidad del zapatismo y un hábil pretexto de los directores de éste para ganar tiempo, aplazando la nueva ofensiva que González anunciaba a diario, desde su cuartel de México.

Y ordenó entonces una actividad inusitada en las operaciones militares, llevando, como principal objetivo, apoderarse de Tlaltizapán, la pintoresca residencia del cuartel general de Zapata; cosa relativamente fácil de lograr, ya que ni contábamos con suficientes elementos para resistir prolongados ataques, atrincherados en las plazas, ni nunca fue empeño nuestro gastar esos elementos en inútiles resistencias. No obstante esto, hasta 10 meses más tarde, las tropas de González ocuparon Tlaltizapán, Jojutla, Villa de Ayala, Jonacatepec y lugares intermedios entre estas poblaciones, estableciendo su cuartel general en Cuautla.

Guajardo tenía el de sus tropas en Chinameca y efectuaba frecuentes excursiones por los lugares mencionados.

EL PRIMER ARDID DEL MAQUIAVELISMO GONZALISTA

A la sazón, en Tlayecac, punto situado en mitad del camino de Cuautla a Jonacatepec, estaba de destacamento un capitán de apellido Salgado, quien un buen día envió al general Zapata una carta en la que expresaba sus simpatías por el



movimiento zapatista y espontáneamente ofrecía sus servicios y sus hombres. Era esto a mediados de 1918.

La discreta insistencia de Salgado logró que Zapata tomara en serio sus insinuaciones y que sus cartas obtuvieran una contestación prometedora de amplias garantías y de cordial recibimiento entre los nuestros el día que se resolviera a abandonar aquellas filas del llamado gobierno en las que se había perdido —aseguraba el capitán— todo principio revolucionario. Salgado afirmaba que procedía de las huestes villistas y todo hacía creer que sus palabras eran sinceras.

¿Nació de este incidente la diabólica idea realizada meses después en Chinameca o desde entonces comenzó a desarrollarse el “plan especial” de Pablo González? Afirmo lo segundo. Salgado retardó indefinidamente el momento de su defección. Mientras, algunas mujeres que ocultaban bajo el velo de su ingenuidad lugareña la lección aprendida en las oficinas de Pablo González, hacían llegar a los oídos de Zapata versiones que inclinaban a creer en un marcado disgusto entre los soldados carrancistas y su jefe principal. Guajardo suspendió sus excursiones y el maquiavelismo gonzalista llegó hasta utilizar en su favor a algunos partidarios de Zapata, que por diversas circunstancias se hallaban en Cuautla y quienes, inconscientemente, sirvieron de instrumentos. Entre éstos, mencionaré a Eusebio Jáuregui, coronel de los nuestros, quien, tomado prisionero en un tiroteo verificado en las cercanías de Cuautla, fue llevado a la presencia de González, internado en la prisión y por último, alojado en el propio cuartel general y a quien, con toda habilidad, hicieron creer en una próxima sublevación de Jesús Guajardo. Esta falta de sagacidad la pagó Jáuregui con su propia vida, pues el día del crimen de Chinameca, fue también asesinado en la cárcel de Cuautla.



Entre tanto, la idea de la unificación revolucionaria tomaba mayor incremento y de los más remotos campamentos nos llegaban cartas y adhesiones entusiastas.

Magaña, que en 1913 y 1914 había recorrido la República de norte a sur por campos revolucionarios y que contaba, por lo mismo, con valiosas relaciones entre los diversos grupos, intensificaba la propaganda con entusiasmos de creyente y Zapata, compenetrado plenamente de la trascendencia de la obra emprendida, veía satisfecho el éxito obtenido y lleno de fe en lo que él estimaba como triunfo definitivo de los principios, lanzaba en abril de 1918, justamente un año antes de su muerte, un manifiesto que era todo un llamamiento cordial a los hombres de buena voluntad, “a los luchadores de buena fe que, desengañados ya de Carranza y convencidos de su falsía, estén dispuestos a volver al campo de la lucha”, y que esparcido por la República entera bien pronto fue calzado con las firmas de Villa, Cedillo, Caraveo, Panuncio Martínez y muchos jefes más de diversas regiones.

Aquí, por ser de estricta justicia, cabe hacer mención del coronel Eduardo Reyes, afiliado en las filas del gobierno, retirado del servicio activo y quien, ardoroso revolucionario, se impuso esfuerzos y sacrificios arduos y penosos colaborando leal y desinteresadamente por la unificación; y para dar mejor idea del espíritu que animaba a los surianos séame permitido transcribir los siguientes conceptos contenidos en carta del general Magaña fechada en las postrimerías de 1918:

Es evidente de toda evidencia que el triunfo de la revolución no es posible si en lugar de unir nuestro esfuerzo común contra la reacción malgastamos los revolucionarios, en pugnas



y discordias intestinas, preciosas energías que deberían ser invertidas en la obra aún no realizada de la práctica cristalización de las promesas revolucionarias, tantas veces aplazada y jamás hasta aquí convertida en hechos palpables. Destruir esos motivos de división, cooperar a la obra unificadora que desde hace tiempo los surianos tenemos emprendida, es, pues, ayudar a la salvación del ideal revolucionario.

Y así aquella excitativa fraternal a la unión de los mexicanos lanzada con toda la buena fe que animaba al grupo que formaban Zapata, Magaña, Soto y Gama y un puñado de enamorados del ideal revolucionario, fue de campamento en campamento, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, desde los apartados rincones chiapanecos hasta llegar a la lejana Sonora en forma de expresiva carta firmada por Zapata y dirigida al general Obregón.

¿Este sano entusiasmo del caudillo suriano lo llevó hasta pensar en que la bellísima idea pro fraternidad revolucionaria tendría cabida franca en el cerebro de Jesús Guajardo? Tal vez sí; Zapata tenía la hidalguía de los caballeros esclavos de su palabra empeñada; poseía la nobleza que da el valor. Su corazón bien puesto, su corazón que nunca aceleró sus palpitaciones a la hora del peligro, ignoraba la ruindad y la bajeza del rufián. Y jamás su mano, encallecida por la brega diaria en el campo fecundo, empuñó el arma del asesino. Zapata no asesinó a nadie. Amaba la lealtad y lealmente trató a Guajardo. Su error fue creerlo hombre de honor.

EL ASESINATO

Corrían los postreros días de marzo. Desde antes de la ocupación de Tlaltizapán por las tropas carrancistas el cuartel general había sido instalado en uno de tantos pueblitos



incrustados en las estribaciones del Popocatépetl. Era jefe de él el general Gildardo Magaña y con éste colaborábamos Antonio y Conrado Díaz Soto y Gama, Ángel Barrios, Francisco de la Torre, Rodolfo Magaña y algunos otros jefes y oficiales. El general Zapata, aprovechando la pasividad del enemigo, había ido a visitarnos. Algo como un vago presentimiento, como un natural temor por su vida, nos impulsaba a hacerle discretas y reiteradas insinuaciones para que dejara el mando personal de la campaña en Morelos; pero siempre su entusiasmo, que había enardecido lo intenso de la lucha, encontró hábiles pretextos para contrariar nuestros deseos. Aquella su sincera fe en el triunfo, aquella confianza en su destino, aquella convicción serena y profundísima en la justicia que amparaba a su causa lo hacía desafiar a la muerte con serenidad absoluta en todos y cada uno de los encuentros con las fuerzas de González, siempre superiores en número y elementos.

Su afán por lograr la unificación perseguida con tesón de convencido no desmayó un solo instante.

“Carranza es el obstáculo —nos decía comentando la situación—; hay que escribirle una carta abierta para que la conozca el país entero; deslindar responsabilidades e invitarlo a que como mexicano coopere a la unión de los mexicanos”.

La carta se hizo y se envió. El propio día trágico fue publicada en México con todo valor civil por los periodistas Francisco Soto y el malogrado Agustín Arriola Valdés, a quien no arredraban los “viajes de rectificación”. Era una prueba palpable e irrefutable del hidalgo esfuerzo de Zapata contrastando con el egoísta proceder de Carranza.

El jefe partió de nuevo para Morelos. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer; iba con mayores bríos a la lucha, con nuevos entusiasmos, como quien sabe que va a concluir una obra buena.



“Ahora sí puedo morir. Esto era lo que deseaba; que sepan por qué luchamos, que conozcan la causa que defendemos, que vengan hasta nosotros, nos vean, nos estudien y luego vayan y digan la verdad: que nosotros somos honrados y no bandidos”, me decía sinceramente conmovido cuando le leí un artículo de William Gates en el que el escritor americano relataba sus impresiones de reciente visita que nos hiciera y en el que afirmaba que “Zapata era el único hombre capaz de establecer una administración honrada en México”.

Estábamos en los límites de Puebla y Morelos; en la convexidad del lomerío nuestras tropas ponían el abigarramiento de sus variadas vestiduras sobre el verde césped donde pacían los caballos. Zapata, de pie, erguido, dejaba vagar su mirada por el inmenso llano que circunda a Cuautla y que limita la serranía donde, por primera vez, repercutió el grito redentor de TIERRAS. Y pensando tal vez que allá estaba su deber, acariciando la idea de encontrar lealtad en sus enemigos, ordenó la marcha y fue rectamente al sacrificio.

Los detalles culminantes de la tragedia los verá el paciente lector a continuación:

PARTE OFICIAL

Al margen: “Ejército Libertador. Secretaría Particular del ciudadano general en Jefe”. —Al centro: “Al C. general Gildardo Magaña. —Cuartel General. —Tengo la profunda pena de poner en el superior conocimiento de usted que hoy, como a la una y media de la tarde, fue asesinado el C. general en jefe, Emiliano Zapata, por tropas del llamado coronel Jesús M. Guajardo, quien con toda premeditación, alevosía y ventaja, consumó la cobarde acción en San Juan Chinameca. —Para que usted quede debidamente enterado del trágico suceso voy a relatar los siguientes detalles: Tal como se le comunicó a usted oportunamente, en virtud de haber llegado hasta no-



sotros informes sobre la existencia de hondos disgustos entre Pablo González y Jesús Guajardo, el C. general Zapata se dirigió a este último invitándolo a que se uniera al movimiento revolucionario. A esta carta contestó Guajardo manifestando estar dispuesto a colaborar al lado del jefe “siempre que se le dieran garantías suficientes a él y a sus soldados”. Con los mismos correos que pusieron esa carta en manos del jefe, éste contestó a Guajardo ofreciéndole toda clase de seguridades y felicitándolo por su actitud, “ya que lo juzgaba hombre de palabra y caballero y tenía confianza en que cumpliría al pie de la letra sus ofrecimientos”. Las negociaciones siguieron todavía en esa forma, es decir, llevadas por correspondencia y de toda la documentación adjunto a usted copias debidamente autorizadas. El día dos del actual el ciudadano general en jefe dispuso que para arreglar definitivamente el asunto pasara al cuartel de Guajardo, en San Juan Chinameca, el C. coronel Feliciano Palacios, quien permaneció al lado de Guajardo hasta ayer, a las cuatro de la mañana, hora en que se nos incorporó y misma a la que, según nos dijo, marchaba Guajardo rumbo a Jonacatepec.

Aquí debo hacer mención de un hecho que hizo que el ciudadano general en jefe acabara de tener confianza en la “sinceridad” de Guajardo. Las versiones que circulaban en público asegurando que Guajardo estaba en tratos para rendirse al ciudadano general Zapata, se acentuaron a tal grado, que varios vecinos de algunos pueblos que en esos días visitamos, pidieron al ciudadano general en jefe, que fueran castigados los responsables de saqueos, violaciones, asesinatos y robos cometidos en dichos pueblos por gente de Victoriano Bárcenas, a la sazón bajo las órdenes de Guajardo. En vista de esta justa petición, el ciudadano general Zapata se dirigió a Guajardo, por conducto de Palacios, pidiéndole hiciera la debida averiguación y procediera al castigo de los culpables. Guajardo, entonces, separó de entre los soldados de Bárcenas, a 59



hombres, que eran al mando del “general” Margarito Ocampo y del “coronel” Guillermo López, todos los cuales fueron pasados por las armas, por órdenes expresas de Guajardo, en un lugar llamado “Mancornadero”. Esto sucedió ayer. Guajardo se encontraba en Jonacatepec, plaza que dijo había capturado al enemigo. Al saberlo, nosotros nos dirigimos a Estación Pastor, y de allí, Palacios, por orden del jefe, escribió a Guajardo diciéndole que nos veríamos en Tepalcingo, lugar a donde iría el general Zapata con 30 hombres solamente, y recomendándole él hiciera otro tanto.

El jefe mandó retirar su gente y con 30 hombres marchamos a Tepalcingo, donde esperamos a Guajardo. Éste se presentó como a las cuatro de la tarde, pero no con 30 soldados, sino con 600 hombres de caballería y una ametralladora. Al llegar a Tepalcingo la columna, salimos a encontrarla. Allí nos vimos por primera vez con el que, al día siguiente, habría de ser el asesino de nuestro general en jefe, quien, con toda nobleza de alma, lo recibió con los brazos abiertos: “Mi coronel Guajardo, lo felicito a usted sinceramente”, le dijo sonriendo. A las 10 p.m. salimos de Tepalcingo rumbo a Chinameca, a donde llegó Guajardo con su columna, mientras que nosotros pernoctamos en “Agua de los Patos”. Cerca de las ocho de la mañana bajamos a Chinameca. Ya allí, el jefe ordenó que su gente (150 hombres que se nos habían incorporado en Tepalcingo), formara en la plaza del lugar; mientras él, Guajardo, los generales Castrejón, Casales y Camacho, el coronel Palacios y el suscrito, nos dirigimos a lugar apartado para discutir planes de la futura campaña. Pocos momentos después empezaron a circular rumores de que el enemigo se aproximaba. El jefe ordenó que el coronel José Rodríguez (de su escolta), saliera con la gente a explorar rumbo a Santa Rita, cumpliéndose luego con esa orden. Después Guajardo dijo al jefe: “Es conveniente, mi general, que salga usted por La Piedra Encimada; yo iré por el llano”. El jefe aprobó, y con 30 hombres



salimos al punto indicado. Ya al marchar, Guajardo, que había ido a ordenar a su gente, regresó diciendo: “Mi general, usted ordena: ¿salgo con infantería o con caballería?”. “El llano tiene muchos alambrados; salga usted con infantería”, replicó el general Zapata, y nos retiramos. En Piedra Encimada exploramos el campo y viendo que por ningún lado se notaba movimiento del enemigo, regresamos a Chinameca. Eran las doce y media de la tarde aproximadamente. El jefe había enviado al coronel Palacios a hablar con Guajardo, quien iba a hacer entrega de 5 000 cartuchos y llegando a Chinameca, inmediatamente preguntó por él. Se presentaron entonces el capitán Ignacio Castillo y un sargento y a nombre de Guajardo invitó Castillo al jefe para que pasara al interior de la hacienda, donde Guajardo estaba con Palacios “arreglando la cuestión del parque”. Todavía departimos cerca de media hora con Castillo, y después de reiteradas invitaciones, el jefe accedió: “Vamos a ver al coronel; que vengan nada más diez hombres conmigo”, ordenó. Y montando su caballo —un alazán que le obsequiara Guajardo el día anterior— se dirigió a la puerta de la hacienda. Lo seguimos 10, tal como él ordenara, quedando el resto de la gente, muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. La guardia parecía preparada a hacerle los honores. El clarín tocó tres veces llamada de honor y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta, de la manera más alevosa, más cobarde, más villana, a quemarropa, sin dar tiempo para empuñar ni las pistolas, los soldados que presentaban armas, descargaron dos veces sus fusiles, y nuestro general Zapata cayó para no levantarse más. Su fiel asistente, Agustín Cortés, moría al mismo tiempo. Palacios debe haber sido asesinado también, en el interior de la hacienda. La sorpresa fue terrible. Los soldados del traidor Guajardo, parapetados en las alturas, en el llano, en las barrancas, en todas partes (cerca de 1 000 hombres), descargaban sus fusiles sobre nosotros. Bien pronto la



resistencia fue inútil; de un lado éramos un puñado de hombres consternados por la pérdida del jefe, y del otro, un millar de enemigos que aprovechaban nuestro natural desconcierto para batirnos encarnizadamente... Así fue la tragedia. Así correspondió Guajardo, el alevoso, a la hidalguía de nuestro general en jefe. Así murió Emiliano Zapata, así mueren los valientes, los hombres de pundonor, cuando los enemigos para enfrentarse con ellos, recurren a la traición y al crimen. Como antes digo a usted, mi general, adjunto copias debidamente autorizadas de todos los documentos relativos. Y haciéndole presente mi honda y sincera condolencia, por la que nunca será bien sentida muerte de nuestro ciudadano general en jefe, reitero a usted, mi general, las seguridades de mi subordinación y respeto. —Reforma, Libertad, Justicia y Ley. —Campaño revolucionario en “Sauces”, Estado de Morelos. —10 de abril de 1919. —El secretario particular, mayor Salvador Reyes Avilés.

Así fue la tragedia. Así murió Emiliano Zapata. Así, allá en Chinameca, se abrieron las puertas de la inmortalidad para el caudillo suriano.

Y así, también en Chinameca, Jesús Guajardo, el imbécil instrumento de la traición, arrojó la primera paletada de lodo sobre el hoy ya putrefacto cadáver político de Pablo González.

Pero el carrancismo, prevaricador de los principios revolucionarios, que exhibía ya ante el asombro de los hombres honrados todas las lacras, las llagas todas de su organismo corrompido, necesitaba celebrar aquella hazaña, glorificar aquel crimen, y en medio del morboso delirio que produjo aquella embriaguez de sangre, Venustiano Carranza, desde su solio presidencial, exaltó “la meritatoria acción” de Guajardo, concedió ascensos y honores a



los protagonistas de la tragedia, y con dineros del pueblo, con 50000 pesos de la nación, pagó los funerales del honor carrancista, que había presidido dignamente Pablo González.

LA MEMORIA INMARCESIBLE DEL CAUDILLO

¡A qué narrar, punto por punto, las dolorosas impresiones de aquel día tremendo! Zapata, el hombre, el amigo, el jefe, el caudillo, ¡había muerto!

Nos legaba su entusiasmo, su fe, su firmeza, su convicción envuelta en la serenidad de su valor, y recogimos amorosos la herencia.

Seguimos su ejemplo de estoicismo inigualable; su memoria, respetada por mil conceptos, nos dio más ardimientos para soportar la desigual pelea en que, a renglón seguido, nos empeñó el enemigo, momentáneamente victorioso por las armas del deshonor, y así, allá en los campos revolucionarios del sur, supimos vindicar, hasta donde posible fue, la memoria del apóstol desaparecido.

Continuamos su labor unificadora, a pesar de todos los obstáculos. La indignación que el asesinato produjo aun entre los ciudadanos afiliados al gobierno, nos ratióficó nuestros conceptos de antaño: todavía existían hombres honrados, revolucionarios dignos, dentro del mismo claudicante carrancismo.

¡Tenía razón Zapata!

¡Qué grande el hombre, el revolucionario, y qué grandiosa su obra incomprendida! Obra de libertad, de amor, de redención, de verdadero patriotismo; obra imperecedera, muy más que su memoria; tan perdurable como el recuerdo devoto y cariñoso con que día tras día los proletarios de los campos surianos bendicen el nombre del caudillo.



Recuerdo que meses más tarde del infausto día de Chinameca, cuando después de haber designado a Gildardo Magaña general en jefe del Ejército Libertador, regresábamos a nuestras posiciones en el volcán, y hacíamos vivac en una de las legendarias sierras de Morelos, un viejo ranchero, uno de tantos a quienes había consumido la insaciable e insaciada explotación del hacendado, se llegó hasta nosotros y preguntó ansiosamente, como quien anhela recibir un mentís a la noticia inconcebible:

—¿En dónde está mi general don Emiliano?...

Y en vano fue que maldijéramos la hora maldita en que Guajardo realizó el “plan especial” de Pablo González, y en vano nuestro empeño en demostrarle la realidad. Para él, Zapata no había muerto ni podía morir. Porque, para él, representativo de la raza indígena, oprimida y esclavizada durante cuatro siglos, Zapata era la esperanza viviente de su liberación.

Y es verdad: para los hombres de esa raza olvidada en los códigos y en los procedimientos de todos nuestros pasados gobiernos, el espíritu rebelde de Emiliano Zapata, el apóstol del agrarismo en México, perdurará como alimento vivificador de su justísimo anhelo de ser ciudadanos libres.





Álvaro Obregón.

Emiliano Zapata fue obregonista



Un religioso respeto a la dignidad personal y a la firme orientación revolucionaria que ha normado todos los actos de su vida pública, hizo que, en mayo de 1917, al inaugurarse el periodo constitucional del señor Carranza, el entonces secretario de la Guerra, general Álvaro Obregón, se retirara a la vida privada, subordinando así las conveniencias personales al imperativo de sus ideales, gesto del que nos ofrece nuevo gallardo ejemplo en su actitud reciente, al abandonar la paz del hogar y la tranquilidad de sus trabajos agrícolas, obedeciendo el llamado de los revolucionarios.

Por aquellos días, en la que debería llamarse hoy Tlaltizapán de Zapata, comentábamos el suceso con el caudillo suriano, y, como alguien del grupo sugiriera la idea de invitar al general Obregón, que muy frescos llevaba sobre la frente los laureles de la victoria conquistados en Celaya y en León, a que enarbolará en el noroeste el pendón de las reivindicaciones sociales, Zapata arguyó:

Obregón es revolucionario de verdad y por eso se retira de Carranza; él va ahora a su tierra y esperará el momento oportuno para volver a la lucha; será, entonces, nuestro hombre. Pondrá al servicio de nuestra causa —porque es la causa del pueblo a la que Obregón sirve—, su innegable ascendiente, su fuerte inteligencia, su poderosa voluntad y su corazón. Y será, entonces, ayuda quizás definitiva la que Obregón preste a la Revolución, o, cuando menos, de mayor valimiento que la

que reportaría si viniese a sumar sus energías, estérilmente, a nuestro sacrificio. No siempre vemos concluida la obra que emprendemos con nuestros entusiasmos; pero tengo mi fe puesta en Obregón y estoy seguro de que él continuará luchando por nuestra causa.

Claro ejemplo de videncia fue éste de Zapata; videncia innata en los campesinos que parece iniciarse en el hábito de distinguir a través de leguas y leguas, a donde no alcanzan a ver los ojos de los ciudadanos. Intuición amplia y generosa; profecía de predestino, que había de cumplirse más tarde.

Lo repetiremos una y otra vez, mientras tengamos esperanza de hacer que un rayo de luz ilumine los obtusos cerebros de los retardatarios que, todavía después de 17 años de ejemplos palpados y vividos, aún ignoran o fingen ignorar, cuál fue y cuál es la causa básica, el origen de la Revolución Mexicana: el proletariado nacional, la gran masa de la población del país, al responder con las armas en la mano a la excitativa de los precursores de 1910, no persiguió más que un solo fin, una sola aspiración: alcanzar la liberación económica de los hombres de su clase, de los trabajadores del campo y del taller. Y a realizar ese ideal tendieron todos sus esfuerzos de luchadores y todos sus anhelos de oprimidos. Por eso la revolución encabezada por Zapata, tuvo desde sus orígenes, orientaciones de carácter especial.

Los campesinos se levantaron en armas secundando el movimiento iniciado por Madero; pero no fueron revolucionarios únicamente por derrocar a Díaz, sino por trocar el sistema dictatorial de gobierno en un régimen de libertades,



cimentado en la liberación económica de los ciudadanos, que es la base de todas las libertades, individuales o colectivas. No fueron maderistas porque los llamaran revolucionarios, sino porque tuvieron fe en Madero, y por eso, cuando vieron que Madero cejaba en la lucha, permitiendo con la transacción de Ciudad Juárez que De la Barra sustituyera a Díaz, Zapata, viendo defraudadas las esperanzas de los suyos y sintiendo la amenaza de las bayonetas de Huerta (entonces al servicio de De la Barra), sostuvo sus armas y su actitud, esperando que Madero rectificara sus errores, ya que más de tres centurias de esclavitud y de miseria sumaban muchos días de dolor, muchísimas horas de angustia, para que se calmaran con el “quítate tú para ponerme yo”, que resultó del pacto de Ciudad Juárez. No fue así, desgraciadamente, y Madero abandonó a su suerte a sus sinceros, a sus fervientes admiradores del sur.

Muy corta había sido la lucha para que hubiera restado energías y entusiasmos a los campesinos y, por el contrario, éstos se lanzaron con mayores bríos a la conquista de sus ideales y concretando en el Plan de Ayala su programa de principios y de acción, creando así su bandera propia, iniciaron con vigor el movimiento de emancipación rural que, ligado después al de emancipación obrera, vinieron a constituir las dos ramas medulares de la Revolución que, desde entonces, sólo usa de los postulados de índole exclusivamente política, como medios para lograr su finalidad eminentemente social.

Esta verdad innegable, palpable, arraigada ya en la conciencia de todos aquellos que han sentido ventaja y alivio en su situación económica, de todos aquellos que han sido libertados del feudalismo de los campos y de la esclavitud de los talleres; esta verdad tangible, hecha realidad en los campos de lucha zapatistas, hizo que las huestes de Emiliano Zapata comprendieran que, mientras en el supremo go-



bierno de la República no estuviera un hombre plenamente identificado con sus necesidades, con sus aspiraciones, con sus dolores y con sus miserias, ellos deberían impedir, a costa del sacrificio máximo, a ser preciso, que la postración del indio fuera eterna, que el abuso fuera ley inexorable, que la redención del paria no tuviera aurora...

Fue una de las causas, quizás la principal, de que Zapata no estuviera con Carranza ya jefe del gobierno: era demasiado tarde, había corrido ya mucha sangre cuando bajo la presión de un anhelo, de una necesidad nacional, surgió del carrancismo la famosa ley del 5 de enero de 1916, más por convenir así a los intereses de la facción que por convicción revolucionaria.

No era eso bastante a satisfacer las lógicas, las naturales desconfianzas de los campesinos; en contra de los beneficios prometidos en esa ley que no se cumpliría con la amplitud necesaria estaba la iniciación del continuismo de Carranza en el poder; el encargado del Poder Ejecutivo se hacía "elegir" presidente constitucional y creando una nueva dictadura con todos los vicios de la porfiriana sepultaría en el más punible de los olvidos al proletariado de la República que había luchado por otras causas bien distintas que llevarlo al poder.

Y como "los actos de esa administración no estaban de acuerdo con su conciencia", el general Obregón dimitió su puesto oficial y se retiró de toda actividad política.

Fue entonces cuando para los verdaderos revolucionarios surgió recia, con perfiles perfectamente definidos, la figura del C. Obregón y fue entonces cuando Zapata, adivinando a través de la distancia paridad de tendencias y afinidad de ideas, y quizá presintiendo su prematura muerte, puso su fe en la actuación futura de Álvaro Obregón.



Meses antes de morir, en agosto de 1918, el revolucionario morelense escribía al C. Obregón, en dos cartas,² los siguientes conceptos que vienen a reafirmar la confianza que tuvo en que la obra de emancipación del proletariado tendría su más esforzado paladín en el revolucionario sonorense:

Ya usted ha dado una prueba de alta cultura —le decía— y de innegable espíritu revolucionario al romper toda liga con la administración carrancista eludiendo abiertamente el compartir sus responsabilidades. Falta sólo que dé cima a su empresa de luchador ayudando a la nación a libertarse del más ignominioso de los despotismos que sobre ella han pesado.

El momento es crítico y la obra de urgencia.

La reacción que ha sabido esperar se siente ya fuerte y amenaza como una avalancha la conquista de la revolución.

Clericales y acaudalados, felicistas y científicos, intelectuales y sugestionados, todo el conjunto que constituye la falange retardataria ha puesto manos a la obra y trabaja activamente.

En el extranjero conspira e intriga, en las ciudades hace labor de prensa, labor financiera e intensos trabajos de propaganda; aprovecha todos los incidentes, explota todos los desaciertos, saca partido de todos los errores y de todos los crímenes de la camarilla que rodea al dictador. En los campos, los obscurantistas se valen de los fanáticos, de los antiguos caciques y de la gran fuerza que representan los intereses creados para extender cada vez más su esfera de acción y ganarse nuevos adeptos.

² Estas cartas, por diversas circunstancias, no llegaron a su destino, pero fueron enviadas a prominentes miembros del Partido Liberal Constitucionalista, a quienes también escribió el general Zapata y quienes sí recibieron esas epístolas.



Esto lo sentimos los que nos damos cuenta de los hechos y no nos dejamos engañar acerca de su significado. Usted, como yo, así lo verá y no dudo que sabrá obrar en consecuencia.

Los acontecimientos que se han sucedido de cuatro años a esta parte nos han hecho conocer con toda claridad cuáles son los elementos auténticamente revolucionarios, genuinamente radicales que existen en la República.

De un lado está el radicalismo agrario representado por la rebelión campesina que en muy diversas comarcas del país, pero principalmente en el sur, lucha por la emancipación del trabajador del campo, y por ende en pro de la redención de la raza indígena singularmente olvidada en la mayor parte de nuestras contiendas intestinas. De otra parte y como factor correlativo a la vez que complementario del impulso agrarista ha operado y opera el radicalismo ciudadano, el de los hombres de la clase media y del proletariado de las ciudades, que exigen libertades políticas y tesis de reivindicación obrera.

Este último elemento está representado, a no dudarlo, por el Partido Liberal Constitucionalista, del que usted es jefe autorizado.

Y así es como unidas la revolución de la ciudad y la del campo harán llevar al triunfo los ideales regeneradores y reformistas; mientras que desunidas y en lamentable pugna como hasta aquí lo han estado sólo pueden conducir y de hecho han conducido a una lucha inacabable de la que sólo para la reacción puedan resultar ventajas.

Que la revolución del campo represente el interés de la mayoría y la de la población signifique la condición ineludible para el orgullo y la dignificación del indio mexicano nadie puede negarlo.

Y que con la revolución de la ciudad estén vinculados poderosos agentes de progreso y en inevitable conexión con ella los problemas que atañen a la mejoría de la benemérita clase obrera es también cosa indubitable.



El error fundamental en nuestras concepciones políticas y en toda nuestra actuación desde 1915 a la fecha consiste, pues, en haber mantenido divididas y en condiciones de combate esas dos fuerzas que deben sumarse la una a la otra en vez de restarse la una de la otra.

Allí está la explicación del porqué en cuatro largos años no haya podido cimentarse la paz en nuestro país, a pesar del completo triunfo obtenido sobre la reacción representada en su última etapa por Victoriano Huerta.

Y si esto es tan claro, ¿por qué no unificar a la revolución y hacer de ella un solo cuerpo?

¿Por qué no realizar esa obra de patriotismo, de fraternidad y de concordia si para ello basta eliminar el espurio elemento personalista?

Si el porvenir hubiera guardado entre sus misterios la confirmación de la videncia de Zapata aún corriera sangre de mártires por las campañas nacionales convertidas en grandes aras de sacrificio en vez de ser grandes fuentes de producción y de vida.

Pero no; surgió Obregón. El Obregón que conjeturó Zapata.

Puso toda su fuerte inteligencia y su poderosa voluntad en redimir al paria y logró hacer la paz en México, interrumpida durante dos lustros de continuo batallar, no con la amenaza de los fusiles, sino atrayendo a la vida del trabajo los que tienen derecho a trabajar para vivir.

Obregón inició la etapa constructiva de la Revolución.

Calles la ha continuado sabia, magníficamente.

Y el campesino y el obrero que, bajo los auspicios de estos dos grandes gobernantes, honra y provecho de la Revolución, han vislumbrado la aurora que iluminará su redención y han gustado ya de las mieles de la libertad y disfrutan de los beneficios del trabajo que alienta y dignifica, el



obrero y el campesino exigen un ciclo más de continuidad de la obra de Obregón y de Calles, que les garantice el afianzamiento de su completa emancipación.

Por eso están con Obregón los campesinos y los obreros de todo el país.

Y por eso, con rara y justa intuición, fue Emiliano Zapata el primer obregonista.





Zapatistas en Cuernavaca.

El noveno aniversario
de la muerte del general Zapata
(Crónica de *El Nacionalista*)



De sin precedente en la historia de las manifestaciones populares en Cuautla, podemos calificar la verificada el 10 de los corrientes para conmemorar el noveno aniversario de la muerte del caudillo agrarista, general don Emiliano Zapata.

Abolido en Morelos el sectarismo de los seudopartidos políticos y desaparecido, por lo mismo, todo germen de discordias que enfrían entusiasmos y atrofian voluntades, el pueblo de la entidad suriana concurrió a tributar el homenaje de gratitud y de respeto a la memoria del que fuera iniciador y después firme sostén de la Revolución en el sur del país.

De todas partes del estado y de otros de la República, las agrupaciones agraristas, obreras y políticas, los gobiernos de esos estados y prominentes personalidades enviaron representantes que depositaran en la tumba del Mártir de Chinameca una ofrenda floral y manifestaran al pueblo morelense su adhesión sincera.

A nuestro arribo a Cuautla, efectuado en el tren especial que salió de esta capital en las primeras horas de ese día y que coincidió con la llegada de los trenes especiales de Puente de Ixtla y Puebla, se procedió a organizar el desfile hacia el Panteón Municipal en donde reposan los restos del hijo de Anenecuilco.

Una doble valla de campesinos montados a caballo, antiguos subordinados de Zapata, cubría la distancia que media entre la estación del ferrocarril y el cementerio y en las

bocacalles de la avenida se levantaban arcos empavesados de frescas flores y con letreros alusivos; muchos lucían retratos del general glorificado; los balcones de las casas lucían también diversos adornos.

Llegados al panteón tuvo verificativo la ceremonia frente a la tumba del general Zapata, la que como todas las demás efectuadas ese día fue presidida por el C. Ambrosio Puente, gobernador del estado; por el general Gildardo Magaña, en representación del Ejército Libertador que comandara a la muerte del caudillo; por los familiares de éste, señora María de Jesús Zapata y Nicolás Zapata; como invitados de honor tomaron asiento los señores diputados Manuel Magaña, quien llevaba la representación de la Cámara de Diputados del Congreso General; León Haykiss, primer secretario de la Legación de la Unión de las Repúblicas Soviéticas; el diputado Juan Soria Urías, representante del gobernador de San Luis Potosí; el diputado Arnulfo Pérez H., representante del gobernador de Tabasco y otras personas cuyos nombres no nos fue posible tomar, todas ellas representantes de agrupaciones y personalidades salientes del país.

Hicieron uso de la palabra los señores diputados Arnulfo Pérez H. y Juan Soria Urías, pronunciando sentidas arengas cuyos conceptos de confraternidad fueron altamente apreciados por los campesinos morelenses, quienes los comentaron con sendas ovaciones. Y después del discurso oficial pronunciado por el C. Úrsulo Galván se procedió a depositar las ofrendas florales sobre la tumba del Mártir de Chinameca.

Sería labor ardua enumerar la cantidad de coronas depositadas en el monumento que la gratitud y la admiración del aguerrido pueblo que secundó a Zapata ha levantado sobre la tumba que guarda sus restos y en la que hacían guardia de honor soldados del 57 Batallón de línea; sin embargo, anotaremos las enviadas por el ciudadano presidente de la



República, las secretarías de Comunicaciones y Obras Públicas, Agricultura y Fomento e Industria y Comercio; la 33 Jefatura de Operaciones Militares, de la que es jefe el C. general Rodrigo M. Talamantes; los gobiernos de los estados de Morelos, San Luis Potosí, Tabasco, Hidalgo, etcétera, etcétera; el Centro Director Obregonista, el licenciado y general Aarón Sáenz, el general Gildardo Magaña, el doctor José G. Parres, subsecretario de Agricultura; la Dirección de Agricultura y Ganadería, don Ambrosio Puente, don Ausencio C. Cruz, el licenciado Tomás Garrido Canabal, el Partido Duranguense del Trabajo, la Liga Nacional de Campesinos, el general Saturnino Cedillo, el diputado Manuel Magaña, que representa al Distrito de Cuautla en la Cámara Federal; el coronel Carlos Reyes Avilés, todos los ayuntamientos del estado de Morelos, algunos del de Puebla, los comités administrativos de los pueblos comarcanos, muchas sociedades cooperativas, amén de infinidad de otras ofrendas enviadas por antiguos jefes y admiradores del general Zapata.

En seguida la comitiva se dirigió al Palacio Municipal, donde el C. ingeniero Ignacio Figueroa, en representación del subsecretario de Agricultura y Fomento, doctor Parres, declaró inaugurado el Banco Agrícola Ejidal del estado de Morelos, cuyas oficinas quedaron provisionalmente instaladas en los bajos del edificio municipal; esta importantísima mejora ha causado magnífica impresión entre los campesinos morelenses, que manifestaron su entusiasmo con vivas al C. general Calles, presidente de la República, que de manera tan loable ha conseguido mejorar la condición de vida del trabajador de los campos.

Desde los balcones del palacio presenciamos el interesante desfile de más de 2000 hombres montados, antiguos soldados zapatistas, algunos de ellos armados que cooperan eficazmente a la conservación del orden en el estado de Morelos.





General de división Gildardo Magaña
y Francisco Vázquez Gómez.

El señor gobernador del estado, don Ambrosio Puente, quien entre paréntesis goza de grandes simpatías en la entidad que gobierna, ofreció un almuerzo en el mismo local del H. Ayuntamiento a los numerosos invitados, compuesto de platillos nacionales y en el que con todo acierto fueron suprimidos los brindis; pero en cambio reinó un ambiente de cordialidad.

Por la noche tuvo verificativo en el teatro de la población, engalanado a propósito, una velada cuyo número principal estuvo encomendado al distinguido intelectual revolucionario señor profesor don Rafael Ramos Pedrueza, representante de la Liga Nacional de Campesinos.

Principió el exdiplomático mostrando a la concurrencia que llenaba todas las localidades del teatro dos significativos obsequios destinados al Museo Regional de Morelos: uno de ellos es un sarape de fina manufactura nacional que el Partido Duranguense del Trabajo envía a los campesinos de Morelos y que en vivos colores tiene esta leyenda: “EMILIANO ZAPATA NO HA MUERTO: VIVE EN EL CORAZÓN DE LOS TRABAJADORES”, y otro, unos objetos manufacturados en la lejana Rusia por obreros soviéticos; después el conferencista hizo breve pero elocuente descripción de lo que es la Rusia actual, la Unión de las Repúblicas gobernadas por obreros y campesinos, “donde —dijo el orador— las haciendas son de los campesinos que trabajan la tierra y las fábricas de los obreros que mueven las máquinas”; subrayó en seguida la necesidad de que tanto los obreros como los campesinos nacionales se mantengan unidos por el ideal de redención, por el espíritu de trabajo y por el anhelo de fuerza que debemos procurar ante el peligro imperialista que nos acecha desde el norte e hizo sincero elogio de Sandino, el héroe nicaragüense que en tan singular pelea defiende la integridad de su patria, para entrar de lleno en cálido periodo preñado de elocuencia a narrar la vida de Emiliano Zapata, a quien



los campesinos de la República entera —nos anunció el señor Ramos Pedrueza— tratan de levantar un monumento que hable a las generaciones futuras del gran esfuerzo que en la Revolución Mexicana significó toda su vida:

un monumento que sea digno de la grandeza de su alma, grande y alto como su ideal, rematado en la cúspide por la figura de Zapata, figura en bronce, como su firmeza, que lo represente a caballo, vestido de charro, con botonadura de plata, empuñando en una mano el rifle libertario y sosteniendo en la otra el PLAN DE AYALA, donde él quiso compendiar todas las aspiraciones de la gleba mil veces vejada, cientos de años esclavizada.

Inútil decir que la peroración del antiguo revolucionario fue comentada con entusiasmo por el auditorio, que sintió en cada uno de sus periodos principales la fogosidad, la sinceridad, la fe que caldeaban las frases del modesto e inteligente predicador socialista.

Con la exhibición de una película cinematográfica que galantemente facilitó el señor Haykiss, titulada *La cruz y el máuser* y que gustó mucho, se dio por terminada la velada.

EL ENVIADO ESPECIAL





El general Gildardo Magaña a su llegada a México.



Zapatistas en Cuernavaca.

CARLOS REYES AVILÉS

CARTONES ZAPATISTAS

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en mayo de 2019 en la Ciudad de México.

Año tras año, después de aquel en que la infame tragedia de Chinameca arrebatara la vida al Caudillo, un grupo de revolucionarios que tuvimos el honor de militar subordinados a Emiliano Zapata nos unimos en este día a los campesinos surianos, con quienes nos ligan viejos lazos de cofraternidad y adhesión, que estrecharon las vicisitudes de la lucha para rendir justo homenaje a la memoria del jefe.

Hacer extensivo ese homenaje que merecidamente va con el tiempo tomando caracteres de homenaje nacional a los principales hombres del zapatismo, es el objeto único de la publicación de estas páginas...

CARLOS REYES AVILÉS
10 de abril de 1928



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2019
AÑO DEL CAUDILLO DEL SUR
EMILIANO ZAPATA